

Bernardo Fernández, Bef

Cuello blanco

Julio Patán

Si la literatura norteamericana del siglo xx creció con fuerza, es en gran medida porque plantó raíces en publicaciones destinadas al consumo masivo, atentas al mercado, rigurosamente capitalistas, tanto de las que llamamos eróticas o las de “interés general” —*Playboy*, *Harper's Bazaar*, *GQ*, *Vanity Fair*—, que incluían piezas narrativas de diversa índole, como las que basaban su éxito en costos de producción bajos y una apuesta nada elitista por los géneros menores, los “de fórmula”: el terror, la ciencia ficción, el policiaco, el *fantasy*.

En México, donde el Estado asumió la responsabilidad de promover la creación y las estadísticas de lectura son de carcajada, el mercado editorial ha sido poco generoso en posibilidades de cualquier tipo. Entre los muchos damnificados está la literatura de género. Hemos escrito poca y mala ciencia ficción, no mucho terror y algo más del noble género negro —cada vez en mayor abundancia y con mejor calidad—, que desde hace un tiempo suma a su nómina a Bef, nombre verdadero de un capitalino que nació como Bernardo Fernández en 1972.

Puede suponerse que a Bef le habría gustado nacer hace algunas décadas y en Estados Unidos, tiempo y lugar en los que era posible ganarse la vida, mal que bien, en publicaciones como *Black Mask* o *Detective Stories*, donde publicaron Dashiell Hammett o Stanley Gardner, pero también en *Detective Comics*, donde apareció Batman. Sólo eso explica su empeño en publicar novela negra y cómic de calidad, eso que hoy llamamos novela gráfica, en un país donde una y otra vocaciones son promesa de penurias económicas serias. Claro que, como el tiempo de las *dime magazines* se fue hace mucho, Bef ha tenido que moverse en otros ámbitos, el de las editoriales independientes como Sexto Piso, donde hace poco publicó *La calavera de cristal* con Juan Villoro,

y el de las editoriales *mainstream*, como Grijalbo, a la que debemos *Hielo negro* y, más recientemente, *Cuello blanco*, dos novelas protagonizadas por una policía judicial gordibuenita, un policía judicial leído y decente y una traficante sofisticada, guapa e implacable. Y no parece haberle ido mal.

Hay muchas maneras de hacerse espejo de la realidad indigna que nos ha tocado, y muchas de esas maneras se las debemos al policiaco mexicano, una nómina enriquecida en las últimas dos décadas con una envidiable legión de autores llegados del vasto norte, con el sinaloense Élmer Mendoza encabezando la avanzada y la reciente novela de Jorge Zepeda Patterson, *Los corruptores* (Planeta), como última de la lista, al día de hoy. A ellos debemos que el narco haya irrumpido en la literatura con fuerza y al margen de la coyuntura periodística o el amarillismo de los libros candidatos a *best-seller* que llegan cada semana a las librerías para desaparecer como un silbido. Bef es la mejor aportación chilanga a esta nómina desde que publicó *Tiempo de alacranes* (2005), la historia de un sicario envejecido, *rara avis* en un mundo de muertes prematuras. Pero el momento en que entró a cuchillo en el panorama literario fue cuando, inusualmente, su *Hielo negro* ganó el premio Grijalbo de Novela en 2011. Y es que los jurados de premios *mainstream* no suelen beneficiar los “productos de género”, considerados un arte menor.

Lo merecía. *Hielo negro*, la historia (o primera parte de la historia) de una persecución sin tregua de dos mujeres condenadas a odiarse, la detective Andrea Mijangos y la criminal Lizzi Zubiaga, tiene muchas virtudes, para empezar esa capacidad para ponernos enfrente un panorama reconocible, un mundo que se parece terriblemente al nuestro, con un pasito o dos de distancia respecto al realismo sin cortapisas que sue-

le dominar el policiaco desde casi siempre —una judicial íntegra y una narco guapa y culta no parecen propiamente modelos realistas—. Ese pasito que permite la ironía. Lizzy y Andrea caminan por el mundo con una notable mala leche, aunque es una mala leche muy sutil, dotada de una acidez suave, de cocina elaborada. El México de estas dos rivales no es sólo el del submundo criminal y la narcopolítica. Es, también, el del mercado del arte, por ejemplo, y el de los medios, y el de la moda.

O ahora, en *Cuello blanco*, el de otro submundo, el financiero. Luego de tratar de romper el mercado con una droga de efectos únicos, el *hielo negro* del título, toca a Lizzi dar un paso rumbo al sueño de todo mafioso clásico, la legalidad, la legitimidad social, y ese paso sólo puede darlo con un *upgrade* al mundo de las finanzas. El resultado es notablemente divertido, una construcción thrillerescas en forma, pero también deja un sabor de boca amarguito. Detrás de esta novela hay muchas lecturas, un franco espíritu lúdico, muchos coqueteos eruditos con la “cultura de masas” —los superhéroes, la televisión, el cine—, pero también, como sin querer, suavemente, está el peso de un país atroz, la realidad ominosa y cruel.

En eso, Bef no es original, y bien está que no lo sea. El género negro nació para reflejar un mundo en crisis, el del *crack* del 29, la prohibición y la guerra mundial, y desde entonces siempre que vale la pena —con Dashiell Hammett, Ross MacDonald, Raymond Chandler, James M. Cain, James Ellroy...— vale la pena porque sirve a ese fin. Bef lo hace impecablemente. Y con originalidad, cabe añadir. **U**

Bernardo Fernández, Bef, *Cuello blanco*, Grijalbo, México, 2013, 248 pp.